



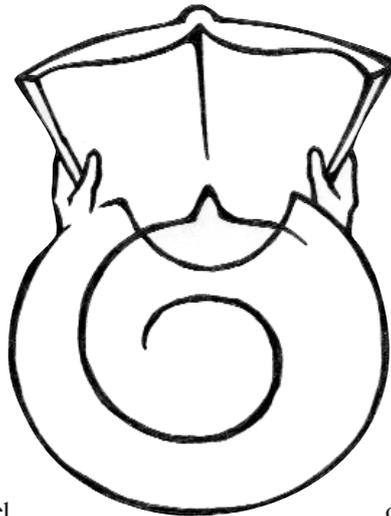
De unos cuantos personajes en busca de autor, EN EL «VENTEATRO» DE PALOMEQUE

Cuando trato de recordar lo que ocurre en algunas páginas del *Quijote* me viene la sensación de estar dirigiendo mi memoria a una serie de obras de teatro desarrolladas en distintos escenarios, enlazadas entre sí por la curiosa historia de un par de excéntricos convictos, don Quijote y Sancho.

Por uno de esos escenarios, la venta de Palomeque, entran y salen Dorotea, el cura, don Fernando, Cardenio, don Luis, Zaida, los dos barberos, y mucha gente más... De los que permanecen en escena, unos recitan su papel y otros esperan al momento para intervenir, como acontece con el oidor, tan atento a lo que decían los demás que el novelista se burla de su silencio diciendo que «ninguna vez había sido tan oidor como entonces» (497), o con don Alonso Quijano, «atento, sin hablar palabra, considerando estos tan extraños sucesos, atribuyéndolos todos a quimeras de la andante caballería» (499), porque lo que los demás contaban, al no tener que ver con los asuntos de la caballería, le permitían al orgulloso hidalgo no intervenir y permanecer en silencio en la escena, a la espera de que le den el pie para recitar su papel o a dárselo él a sí mismo, si se interfiriera en la realidad el mundo caballeresco.

La desconcertada realidad que vemos fluir por ese «vivero narrativo» que es el «Venteatro» de Palomeque esta conformada por el cruce de distintas acciones, por la mezcla de diversos estilos y por la convivencia de personajes de unas cuantas historias; sin que falte en ella una improvisada representación, a modo de *Commedia dell'Arte*, consistente en las chanzas que hacen al barbero, cuya bacía los malos encantadores la habían convertido en yelmo. Lo que en principio parecía una sucesión de burlas en torno a la locura quijotesca se convierte en una serie de acciones que cobran vida por sí mismas.

Como en el teatro, quien sigue las aventuras de los héroes manchegos llega a concebir la esperanza de que los



personajes puedan sobreponerse a su estrella, una vez que acepta la ficción de que se trata de una vida real de la que el escritor da cuenta. Para lograrlo, éste ha huido de la «dureza y sequedad de [...] estilo», es decir de la falta de naturalidad (79); ha debido acomodar luego los muy diversos usos lingüísticos de los personajes a su condición social, a su manera de ser y a la situación en que intervienen; y, después, ha tenido que seducirnos para que pensáramos que las desordenadas acciones que se cruzan en un texto y las diferentes maneras de opinar de las gentes son el reflejo de esa vida que ha entrado imperceptiblemente por los poros de la obra.

La vida —la suma de las vidas que discurren por la venta— no es un mero soporte para sustentar unas cuantas ideas. En la trastienda del libro podremos encontrar lo que queramos; pero la realidad —volvemos a lo que tiene en común con el teatro— se escapa de las ideas generales, para pegarse a esa vida, hasta lograr que un iluminado que busca cambiar la «edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos» (449) nos muestre que lo importante no es el fin que pretende alcanzar, sino algo mucho menos importante, en apariencia, como es llegar a refugiarse uno en su propia idea de las cosas, para curarse allí mismo de cuantas derrotas le va infligiendo la realidad.

La novela moderna comienza su andadura siguiendo los caminos del teatro, para dar cuerpo a unos personajes que logran sencillamente vivir y cuyas ideas son una parte de su ambular por este mundo. Empieza la literatura moderna cuando llegamos a creernos la ficción —en la novela y en el teatro— de que los personajes se han independizado de su autor. ■

José A. Pascual

Real Academia Española de la Lengua

Cito entre paréntesis algunas páginas del *Quijote*, sirviéndome de la edición dirigida por Francisco Rico: *Miguel de Cervantes: Don Quijote de la Mancha*, Barcelona: Crítica, 1998. Al Venteatro de Palomeque se refiere J. M. Martín Morán: *El Quijote en ciernes. Los descuidos de Cervantes y las fases de elaboración textual*, Torino: Edizioni dell'Orso, 1990, pp. 93-5 y 97. Me baso en A. Redondo: *Otra manera de leer el Quijote*, Madrid: Castalia, 1997, p. 482, para interpretar la burla al barbero como una improvisada representación, a modo de la *Commedia dell'Arte*.